

# Nueva historia de la Literatura Boliviana

**El destacado investigador Adolfo Cáceres Romero, nos presenta con carácter primicial un adelanto del cuarto tomo de su «Nueva Historia de la Literatura Boliviana» referido al período modernista.**

## (PRIMERA DE SEIS PARTES)

Sabido es que las crisis generan vivencias, muchas de las cuales, de un modo general, son bien aprovechadas por los artistas; sólo que esta vez, en el campo poético, la aparición del Modernismo, movimiento que en cierto modo no sustentaba otro compromiso que con el arte mismo, hizo que los problemas de la realidad de entonces no fueran sino tangencialmente objeto de inspiración de esos poetas. Así, desconectados del medio, los bardos modernistas extraían sus temas de otros ámbitos y épocas. Si bien Tamayo comienza con sus Odas (1898) a reflejar un amago de identidad regional, aun cuando a la manera de Víctor Hugo, su obra posterior, como la de los otros modernistas, refleja la cultura clásica de los griegos; lo propio ocurre con la otra figura representativa de esta escuela, Ricardo Jaimes Freyre, y su Castalla Bárbara (1899), obra en la que se vislumbra la animación americana de la mitología escandinava.

Ahora bien, a pesar de las características históricas de esa época, cabe preguntarnos si en la Bolivia de entonces era un pueblo enfermo el que asomaba al siglo XX.

Arguedas, en ese su libro, pone de manifiesto una visión pestmista del indio y del mestizo, a la luz del pensamiento positivista que todavía predominaba entre los intelectuales y políticos del momento. Guillermo Francovich advierte que con el triunfo del partido liberal, «el positivismo terminó imponiéndose en los círculos oficiales y su influencia se hizo sentir vigorosamente en la acción gubernativa. Los liberales, bajo la inspiración positivista, se orientaron firmemente en una actividad que se sentía a sí misma como la expresión del progreso y de las más avanzadas manifestaciones del pensamiento humano». El enfoque de Arguedas carecía de una metodología adecuada al análisis que se proponía, por cuanto él no estaba preparado ni como sociólogo ni mucho menos como antropólogo, para penetrar en las profundidades de la sociedad de entonces; de ahí que sus conclusiones son acientíficas y no van más allá de las impresiones que percibía. Lo propio ocurre con su historia de Bolivia. En todos esos volúmenes no hizo otra cosa que consumir su tiempo, desperdiciando su innegable talento narrativo. Aún La Danza de las Sombras (1934), para muchos otro de sus ensayos capitales, es un estudio asistemático, que cobra relieve en base a sus recuerdos, a raíz de una presentación suya ante los universitarios que lo invitaron a hablarles de sus libros. Entonces, mal nos podíamos considerar un «pueblo enfermo». Ya lo dijo Gustavo Navarro: «Bolivia era un pueblo pobre y (...) sus defectos y vicios brotaban de su misera pobreza». Y es lo que también refleja Jaime Mendoza en su novela En las Tierras del Potosí (1911), a pesar del auge que van cobrando las minas con la explotación del wolfram y del estaño. Como ahora, la oligarquía minero-feudal detentaba el poder y gozaba de todos los privilegios y riquezas que le rendía tal situación. La clase trabajadora continuaba marginada y explotada. Sus reclamos, siempre fueron sangrientamente reprimidos. La apertura de bancos y el tendido de las rieles de ferrocarril se debían más a la explotación de los yacimientos mineralógicos encontrados que a la vertebración del país.

Concretamente en el ámbito literario, a pesar de la situación política y social imperante, podemos señalar

que el ingreso al siglo XX fue auspicioso, tanto por la calidad de sus figuras como por los medios de difusión que iban apareciendo en la parte occidental del país. Para Luis Alberto Sánchez, la presencia del Modernismo dio origen al «Siglo de Oro de la Literatura Hispanoamericana». Por otra parte, una apreciable cantidad de periódicos y revistas dio cabida a gran parte de la producción intelectual de ese entonces; inclusive existían almanaque con cuentos y poemas; catálogos con reseñas y comentarios críticos, que se distribuían gratuitamente, como el de la editorial de González y Medina, a cargo de Walter Carvajal R., y que llevaba el título de Cultura Patria. Asimismo, Manuel M. Lara, quien escribía con el pseudónimo de Pujavante, recogió sus artículos en dos volúmenes con el título de Colección de Artículos, en 1908.

Modernismo y Romanticismo pervivieron los primeros años del siglo XX, disputándose la hegemonía de las letras nacionales. Adela Zamudio, cúspide indiscutible del romanticismo, fue coronada por el gobierno de Hernando Siles, en 1926, como la más genuina expresión de la poesía nacional. El romanticismo no se desgastó por la presencia del realismo (en prosa) o del modernismo (en verso), sino por el giro poético que dieron a la literatura en general los llamados poetas malditos, especialmente Baudelaire y Lautréamont, con Las Flores del mal (1857) y Los Cuadernos de Maldoror (1890), respectivamente. Ambos poetas muestran que el acto creador es infinito, liberando al arte de fórmulas retóricas para confiarla al genio y talento de los artistas; entonces, las manifestaciones literarias borran sus fronteras, y así llegaríamos años después a admirar las obras de Joyce, Proust y Kafka. Al cruzar el siglo XIX, los «ismos» intentaban vanamente imponer y definir su momento literario. El genio creador iba más allá de todo postulado estético. Vallejo y Neruda surgieron para crear, cada uno, generaciones de poetas que les derivan y evolucionan; así, en Bolivia, Sainz, Camargo, Mitre y Shimose son producto de esa apertura estética. Sainz y Camargo romperían con la sintaxis convencional, al extremo de ser considerados por algunos de sus críticos, superrealistas. Otro dato curioso, en 1925, por Decreto Supremo, emergente del Parlamento, el poeta Gregorio Reynolds fue conminado a escribir un poemario de homenaje al Primer Centenario de la fundación de la República. Aparte de este poeta y de Ricardo Jaimes Freyre, Franz Tamayo y Manuel María Pinto, que eran las principales figuras del modernismo boliviano, en el ámbito de la prosa, desarrollaban una obra de singular relieve los narradores del realismo como Alcides Arguedas, Jaime Mendoza y Armando Chirveches. De buenos alres había llegado el ensayista y periodista Pablo Subleta dispuesto a trabajar en Tarija. Este escritor ostentaba el mérito de haber sido el primer estudioso del Martín Fierro (1872) de José Hernández, a poco tiempo de su publicación.

En Sucre era notable la labor del grupo de Claudio Peñaranda, en torno al diario «La Mañana». En Potosí, los noctámbulos darian origen al nacimiento de la primera generación de «Gesta Bárbara», en 1918. En La Paz descollaba la infatigable figura de Rosendo Villalobos (1859-1940), abogado, poeta, narrador y ensayista, cuyas principales obras son: De mi cartera (1886), anecdotario calificado como «Páginas para un libro»; Aves de paso (1887), poemas; Memorias del corazón (1890), poemas; Ocios crueles (1897), poemas; Hacia el

olvido (1906), poemas; Pedazos de papel (1920), impresiones y pareceres, y Letras Bolivianas. Los poetas y sus obras. Los prosistas literarios (1936), estudio ampliado y reimpresso del publicado originalmente en «Bolivia en el Primer Centenario de su Independencia», estudio con datos hasta 1910, publicado en Nueva York, en 1925.

Si bien, como señala Enrique Finot en su Historia de la Literatura Boliviana (1943): «No es de fácil realización el propósito de dominar el panorama literario de Bolivia durante la última época, que alcanza a nuestros días, en atención a que viven muchos de los autores comprendidos en ella y que no se puede escribir su historia propiamente dicha sobre acontecimientos y fenómenos que se hallan en pleno desarrollo. Falta la perspectiva necesaria para apreciar el conjunto y se corre el peligro de aventurar opiniones precipitadas o influidas por factores subjetivos, en desmedro de la imparcialidad que debe predominar en el juicio», nos aventuramos a exponer nuestro criterio sobre lo que significa para nosotros la presente época literaria, sin necesidad de eliminar juicios sobre los autores vivos o ignorarlos totalmente.

Las variaciones del realismo son impresionantes en todos los géneros, en la medida en que se suceden los hechos históricos de nuestra América. La pintura mural refleja en la escuela mejicana una visión artística que se haría extensiva a la poesía social de los países que, como Bolivia, soportaban la tiranía de gobiernos dictatoriales. La masacre de mineros y campesinos provocó la aparición de la poesía de protesta social. De algún modo se instrumentalizó el arte literario, llegando inclusive a ser panfletario; pero ello ocurrió con algunos poetas de oficio, no de vocación. El talento de estos últimos derivó en un arte genuino, único con una pléyade de poetas combatientes de las tiranías con la pluma y el fusil. Ahí están las voces de quienes toman la palabra bella como instrumento de liberación nacional, constituyendo una generación revolucionaria que emergió a mitad del siglo XX, con una serie de poetas comprometidos con el dolor, el hambre y la miseria de su pueblo. Entre ellos podemos destacar la obra de Walter Fernández Calvimontes (1915-1957), Augusto Valda Chavarria (1930-1960), Jaime Canelas López (1927-1961), Oscar González Alfaro (1921-1963), Alcira Cardona Torrico (1926), Héctor Borda Leño (1927), Alberto Guerra Gutiérrez (1930), Erasmo Barrios Villa (1929-1982), Eliodoro Ayllón Terán (1930-1992), Jorge Calvimontes (1931), Edgar Avila Echazú (1930) y muchos otros que no siempre lograron reunir sus versos en volumen.

Es tan amplia la literatura que se hace en este siglo XX que no es fácil percibir sus verdaderos alcances, especialmente con algunas figuras que todavía no fueron bien avaluadas. Esperamos orientar al estudioso de nuestras letras hacia los valores más representativos del momento actual, sin menoscabo de aquellos que comienzan a perfilarse como narradores, poetas, dramaturgos o ensayistas de aceptable producción.

(CONTINUARÁ)

